



CABALLERO AZTECA CON TODAS SUS INSIGNIAS.

CAPITULO II.

MERCADO DE MEJICO.—GRAN TEMPLO.—SANTUARIOS INTERIORES.—
CUARTELES ESPAÑOLES.

1519.

Cuatro dias habian transcurrido desde que los españoles hicieron su entrada en Méjico. Cualesquiera que hubieran sido los proyectos que el general revolvía en su mente, conocia que no podia fijar un plan de operaciones hasta no haber visto más de la capital y cerciorándose por sí mismo de la naturaleza de sus recursos. Con este intento, segun se dijo en la conclusion del libro anterior, mandó pedir permiso á Montezuma para visitar el gran *teocalli* y otros lugares de la ciudad.

El bondadoso monarca consintió sin dificultad, y aun se preparó á ir en persona al gran templo á recibir á su huésped, tal vez para libertar al santuario de su deidad tutelar de alguna profanacion, pues sabia, como se ha dicho ya, el manejo que en tales ocasiones habian observado los españoles en el curso de su marcha. Púsose Cortés á la cabeza de su pequeño cuerpo de caballería y casi toda la infantería española, y siguió á los caciques enviados por Montezuma para guiarle, quienes se propusieron ir primero al gran mercado de Tlaltelolco, situado en la parte occidental de la ciudad.

En el camino sorprendiéronse los españoles, del mismo modo que lo habian sido al entrar en la capital, con la apariencia de sus habitantes, y la gran superioridad en el estilo y calidad de sus vestidos sobre el pueblo de las otras provincias (1). El *tilmatli* ó capa de algodón mas ó menos fino segun la clase del que lo llevaba, que caía sobre las espaldas y estaba atada al cuello, y la banda que ceñía su cintura, tenian por lo comun bordadas ricas y elegantes figuras y estaban guarnecidas de borlas ó de una ancha franja. Como que el tiempo iba ya estando frio, eran aquellas substituidas algunas veces con mantas de pieles ó de vistosos plumajes, que combinaban el calor con la hermosura (2). Poseian tambien los

(1) „La gente de esta ciudad es de mas manera y primor en su vestido y servicio, que no la otra de estas otras provincias, y ciudades: porque como allí estaba siempre este señor Montezuma, y todos los señores sus vasallos, ocurrían siempre á la ciudad, habia en ella mas manera y policia en todas las cosas.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 109.

(2) Hablando Zuazo de la belleza y calor de esta manufactura nacional, dice: „ví muchas mantas de á dos haces labradas de plumas de pavos de aves tan suaves, que

mejicanos el arte de fabricar un hilo muy fino del pelo de conejo y otros animales, con el cual trabajaban una delicada tela, que tomaba un color permanente. Parece que las mugeres, como en otras partes del país, andaban con tanta libertad como los hombres. Usaban varias especies de basquiñas de diferentes tamaños, con ricos bordados, y algunas veces sobre ellas anchas mantas flotantes que llegaban hasta el tobillo (a). Eran hechas también de algodón, y para las clases más ricas de una tela muy fina, hermosamente bordadas (3). En este lugar no se usaban velos como en algunas otras partes del Anáhuac, donde eran hechos de hilo de maguey ó del ligero tejido de pelo arriba mencionado. Las mugeres aztecas llevaban descubierta la cara; y sus negras y largas trenzas flotaban voluptuosamente sobre sus espaldas, dejando ver facciones, que aunque de un color oscuro, ó más bien bronceado, eran no pocas veces agradables, al mismo tiempo que se notaba en ellas la seria y aun melancólica expresión característica de la fisonomía nacional (4).

Al llegar cerca del *tianguetz* ó gran mercado, admiráronse los españoles con la mucha gente que se dirigía á él, y al entrar á la plaza fué mayor su sorpresa con la vista de la multitud allí reunida y las dimensiones del recinto, tres veces mayor que la célebre plaza de Salamanca (5). Aquí se encontraban traficantes de todas partes con los productos y manufacturas peculiares á sus respectivas provincias; los plateros de Azcapozalco; los alfareros y joyeros de Cholula; los pintores de Tezcuco; los canteros de Tenayocan; los monteros de Xilotepec; los pescadores de Cuiclahuac; los fruteros de la tierra caliente; los fabricantes de sillas y esteras de Cuautitlan, y los floristas de Xochimilco, todos empeñosamente ocupados en recomendar sus efectos y en ajustarse con los compradores (6).

trayendo la mano por encima á pelo y á pospelo, no era más que una manta zebellina muy bien adovada: hice pesar una de ellas no pesó más de seis onzas. Dicen que en el tiempo del invierno una abasta para encima de la camisa sin otro cobertor ni más ropa encima de la cama." Carta, MS.

(a) Este traje se llama *hucpili*.

(3) „Sono lunghe & large, lavorate di bellissimi, & molto gentili lavori sparsi per esse, con le loro frangie, & orletti ben lavorati che compariscono benissimo." Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305. „Son largas y anchas, bellisimamente trabajadas, esparcidas en ellas muchas hermosas labores con sus franjas y orlas perfectamente hechas y parecen muy bien. Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, p. 105.

(4) Ibid, fol. 305.

(5) Ibid., fol. 309.

(6) „Quivi concorrevano i Pentolai, ed i Giojellieri di Cholulla, gli Orefici d' Azcapozalco, i Pittori di Tezcuco, gli Scarpellini di Tenajocan, i Cacciatori di Xilotepec, i Pescatori di Cuiclahuac, i fruttajuoli de' paesi caldi, gli artefici di stuoje, e di scranne di Quauhtitlan ed i coltivatori de' fiori di Xochimilco." „Aquí concurrían los alfareros y lapidarios de Cholula, los plateros de Azcapozalco, los pintores de Tezcuco, los canteros de Tenayocan, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuiclahuac, los fruteros de los Países cálidos, los fabricantes de esteras y trastes de

La plaza del mercado estaba rodeada de espaciosos pórticos, y cada artículo tenía su lugar determinado. Allí veíase el algodón amontonado en fardos ó convertido en vestidos y efectos de uso doméstico, como tapices, cortinas, colchas y otras cosas semejantes, cuyos ricos colores y hermosas manufacturas recordaban á Cortés la Alcaicería ó mercado de sedas de Granada. Había un sitio señalado para los plateros, donde el comprador podía encontrar varios adornos de preciosos metales, ó curiosos dijes, tales como los que ya hemos tenido ocasión de mencionar, hechos á imitación de pájaros y peces, con alternadas escamas y plumas de oro y plata, y con cabezas y cuerpos movibles. Estos caprichosos dijes estaban frecuentemente adornados de piedras preciosas, y en su manufactura manifestaban una ingeniosidad pacífica y pueril, semejante á la de los chinos (7).

En un departamento inmediato estaban reunidas piezas de alfarería ordinaria y fina, vasijas de madera curiosamente esculpidas, barnizadas ó doradas, de diversas y algunas veces graciosas formas. Había también hachas de cobre ligado con estaño, sustituto, y según había acreditado la experiencia, no muy malo del hierro. Allí encontraba el soldado todos los utensilios de su profesión. El casco que figuraba la cabeza de algún animal feroz, mostrando sus hileras de dientes, y su erizada cresta teñida con el rico colorido de la cochinilla (8); el *escaupil* ó justillo de algodón, la rica cota de plumas y armas de toda especie, lanzas y saetas con puntas de cobre, y el ancho *maquahuítl*, la espada mejicana, con sus afiladas hojas de *itztli* (a). Aquí había navajas de barba y espejos de este mis-

Cuautitlan y los cultivadores de flores de Xochimilco." Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 165."

(7) „Oro y plata, piedras de valor, con otros plumajes é argenterías maravillosas, y con tanto primor fabricadas que excede todo ingenio humano para comprenderlas y alcanzarlas." (Carta del Lic. Zuazo, MS.) En seguida enumera el licenciado algunas de estas elegantes piezas de mecánica. No es menos enfático Cortés en su admiración: „Contrahechas de oro, y plata, y piedras y plumas, tan al natural lo de oro, y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese, y lo de las piedras que no baste juicio á comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto, y lo de pluma, que ni de cera, ni en ningún broslado se podría hacer tan maravillosamente." (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 110.) P. Mártir de Anglería, crítico menos preocupado que Cortés, y que vió y examinó después muchas de estas piezas de oro en Castilla, asegura lo mismo con respecto á su esquisito trabajo, el cual dice, excedía demasiado al valor del material. De Orbe novo, déc. 5, cap. 10.

(8) Herrera trae la no autorizada asercion, repetida por Solís, de que los mejicanos ignoraban el valor de la cochinilla, hasta que se les enseñó por los españoles. (Herrera, Hist. general, déc. 4, lib. 8, cap. 11.) Por el contrario, impendían los nativos mucho trabajo en crear este insecto en los plantíos de nopal, y él formaba uno de los principales tributos pagados por ciertos distritos á la corona. Véanse los mapas de tributos, en Lorenzana, números 23 y 24.—Hernandez, Hist. Plantarum, lib. 6, cap. 116.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. I, p. 114.

(a) Es la obsidiana que se trabajaba en diversas partes, y que por la abundancia

mo duro y pulido mineral, que entre los aztecas servía para muchos de los usos á que está destinado el acero (9). En la plaza encontrábanse también tiendas ocupadas por barberos que usaban la misma clase de navajas, pues los mejicanos, contra la opinión popular y errónea respecto de los aborígenes del Nuevo-Mundo, tenían barba aunque poca. Otras tiendas ó barracas, estaban ocupadas por los boticarios, y bien provistas de drogas, raíces y diferentes preparaciones médicas. En otros lugares vendíanse libros en blanco ó mapas para la escritura geroglífica, recogidos como abanicos, y hechos de algodón, pieles, y mas comunmente de hilo de maguey (a), el papyrus azteca.

Bajo algunos de los pórticos veíanse cueros al pelo y curtidos; así como también varios efectos de pieles destinados al uso doméstico ó personal. Ofrecíanse en venta animales así selváticos como domesticados, y cerca de ellos tal vez algunos esclavos, con collares que indicaban estaban también de venta; espectáculo no limitado por desgracia á los mercados de la bárbara Méjico, aunque los males de su condicion se aumentaban aquí por la certidumbre de que una vida de degradacion podia de un momento á otro terminar con el terrible destino del sacrificio.

Los materiales comunes de construir edificios, como piedra, cal y madera, eran considerados demasiado voluminosos para darles lugar en la plaza, y se depositaban en las calles contiguas á las orillas de los canales. Seria largo enumerar todos los diversos efectos, ya de lujo ya de uso diario que de todas partes estaban reunidos en este extenso bazaar. Pero no debo omitir hablar de la abundancia de provisiones, uno de los rasgos mas atractivos del *tianguetz*: carnes de todas especies, aves domésticas, animales de caza de las montañas inmediatas, peces de los lagos y rios, frutas en toda la deliciosa variedad de estas regiones templadas, sabrosas legumbres, y el nutritivo maiz. Había también muchas viandas, ya preparadas, que exhalando un agradable olor excitaban el apetito del ocioso pasajero; pastelería, pan de maiz, bollos y confituras (10). Juntamente con esto veíanse bebidas frescas, ó estimulantes, el espumoso chocolate con su delicado aroma de vainilla, y el embriagante pulque, el jugo fermentado del aloe. Todos estos efectos y cada puesto y pórtico, estaban adornados, ó mas bien cargados de flores, mostrando aunque en mayor escala un gusto semejante al que hoy se manifiesta en los mercados de la moderna Méjico.

de fragmentos labrados que en ella quedan, ha hecho dar el nombre de *cerro de las navajas* á uno de los grandes talleres de armas que había cerca de Zinapécuaro, en el departamento de Michoacan.

(9) Véase la página 84 de este tomo.

(a) De este mismo material se hace ahora papel comun en las fábricas nacionales.

(10) Zuazo que parece bien instruido en estas materias, concluye un párrafo con el siguiente tributo á la cocina azteca. „Véndense huevos asados, crudos, en tortilla, é diversidad de guisados que se suelen guisar, con otras cazuelas y pasteles, que en el mal cocinado de Medina, ni en otros lugares de Flamencos dicen que hay, ni se pueden hallar tales trujamanes.” Carta MS.

Parece que las flores eran la espontánea produccion de este fértil suelo, que en vez de crear como en otras regiones yerbas venenosas, está siempre pronto sin ayuda del hombre, á cubrir su desnudez con la rica y variada librea de la naturaleza (11).

Excusaré al lector todos los particulares referidos por los admirados españoles los cuales son de algun interes, porque manifiestan diversas habilidades mecánicas y necesidades cultas semejantes á las de una sociedad refinada, mas bien que á las de una nacion de salvajes. Era la civilizacion *material* que no pertenece ni á la una ni á la otra. El azteca había llegado á un término medio; de manera que era tan superior á las rudas razas del Nuevo Mundo, como inferior á las naciones cultas del antiguo.

En cuanto al número de personas reunidas en el mercado, hay diversos cálculos. Los españoles visitaron este lugar varias veces, y ninguno señala una suma menor de cuarenta mil. Algunos la hacen subir á mas (12). Sin confiar demasiado en la aritmética de los conquistadores, es cierto que en estos mercados que tenían lugar cada cinco dias, la ciudad se llenaba de una inmensa multitud de gente de fuera, no solo de las inmediaciones, sino de muchas leguas en contorno, las calzadas estaban cubiertas de gentío, y el lago cruzado por canoas con traficantes que iban al gran *tianguetz*. Ciertamente eran semejantes á las ferias periódicas de Europa, no á las que ahora se celebran, sino á las que existían en los siglos medios, cuando por la dificultad de la comunicacion, servían de grandes y centrales emporios de relaciones comerciales, y ejercían la influencia mas importante y benéfica en la sociedad.

Los contratos se hacían algunas veces por cambios, pero mas comunmente con la moneda del país, que consistía en pedazos de estaño con una cifra estampada, semejante á la T; en saquillos de cacao, cuyo valor se regulaba por su tamaño; y finalmente en cañones de pluma llenos de polvo de oro. Este metal parece que era parte de la moneda corriente en ambos hemisferios. Es singular

(11) Extensas noticias mas de las que creo necesario dar sobre el mercado azteca de Tlaltelolco pueden encontrarse en los escritos de todos los antiguos españoles, que visitaron la capital. Entre otros, véase á Cortés, Rel. seg., en Lorenzana, pp. 103-105.—Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.—Carta del Lic. Zuazo, MS.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 92.

(12) Zuazo la hace subir á ochenta mil. (Carta, MS.) Y Cortés á sesenta mil. (Rel. seg., ubi supra.) El cómputo mas moderado es el del „conquistador anónimo,” quien dice que de cuarenta á cincuenta mil. „E il giorno del mercato, che si fa di cinque in cinque giorni, vi sono da quaranta ó cinquanta milla persone;” „y el dia del mercado que se hace de cinco en cinco dias, se reúnen de cuarenta á cincuenta mil personas.” (Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.) Esto confirma la suposicion de que el cálculo de la poblacion de la capital que se encuentra en la version italiana de este autor, es error de imprenta. (Véase la nota 13 del capítulo anterior.) No es creible que hubiera intentado reunir toda la poblacion en el mercado.

lar que los aztecas no hubieran tenido conocimiento de los pesos y balanzas. La cantidad se determinaba por número y medida (13).

El orden mas perfecto reinaba en esta inmensa reunion. Patrullaban la plaza oficiales, cuya obligacion era conservar la paz, coleccionar los impuestos de las diferentes mercancías, ver que no se usara de falsas medidas ó fraudes de cualquiera clase, y presentar tambien á los culpables ante la justicia. Un tribunal de doce jueces estaba situado en un ángulo del mercado, investido con aquellas amplias y sumarias facultades que en los países despóticos se delegan frecuentemente aun á tribunales inferiores. La extrema severidad con que mas de una vez usaron de ellas, prueba que su autoridad no era nominal (14).

El tianguiz de Méjico fué naturalmente un objeto de grande interes y admiracion para los españoles, pues en él veían como reunidos en un solo foco todos los rasgos de civilizacion que estaban esparcidos por el país. Aquí encontraban varias pruebas de habilidad mecánica y de industria doméstica; los multiplicados recursos de todas clases que estaban al alcance de los nativos. No pudieron menos de concebir una alta idea de la magnitud de estos recursos, así como de la actividad comercial y subordinacion social con que toda la poblacion estaba unida, y su admiracion se comprueba suficientemente con la minuciosidad y energía de sus descripciones (15).

De esta bulliciosa escena, se dirigieron los españoles al gran *teocalli*, situado no muy lejos de sus cuarteles. Cubria, con sus edificios adyacentes segun ha visto ya el lector, el extenso terreno ocupado ahora por la catedral, parte de la plaza del mercado y algunas de las calles contiguas (16). Llenaba el sitio que habia sido consagrado al mismo objeto probablemente desde la fundacion de la ciudad; y sin embargo el templo de que se habla, no era de mucha antigüedad, pues habia sido construido por Ahuizotl, quien celebró su dedicacion en 1486, con aquella hecatombe de víctimas humanas, de que los historiadores dan tan increíbles noticias (17).

Levantábase en medio de una vasta area rodeada de un muro de cal y piedra de cerca de ocho piés de altura, adornado en su parte exterior con figuras de serpientes trabajadas en relieve, las cuales le dieron el nombre de *coatepanthi*, ó „pared de serpientes.“ Este emblema era muy comun en la escultura sagrada del Anáhuac, así como en la del Egipto. El muro era cuadrangular y entraba-

(13) Véase la página 87 de este tomo.

(14) Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.—Rel. seg., en Lorenzana, p. 104.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 10.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, lug. cit.

(15) „Entre nosotros,” dice Diaz, „hubo soldados que habian estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia, y Roma, y dijeron, que plaza tambien compasada, y con tanto concierto y tamaña, y llena de tanta gente, no la habian visto.” Ibid., ubi supra.

(16) Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 27.

(17) Véase la página 48 de este tomo.

se á él por grandes puertas almenadas, que comunicaban á las cuatro calles principales. Sobre cada una de estas puertas habia una especie de arsenal provisto de armas y utensilios de guerra; y si hemos de dar crédito á los conquistadores, habia allí cuarteles ocupados por diez mil soldados, que servian como de una especie de policia militar para la capital, y proporcionaban al emperador un fuerte ejército, en caso de tumulto ó sedicion (18).

El *teocalli* mismo era una sólida fábrica piramidal de tierra y piedra suelta, cubierta exteriormente con piedra labrada probablemente de la ligera y porosa especie empleada en los edificios de la ciudad (19). Era sin duda cuadrado, mirando sus lados á los puntos cardinales (20). Estaba dividido en cinco cuerpos ó pisos, siendo cada uno de ellos de menores dimensiones que el inmediato; forma ordinaria de los *teocallis* aztecas, como ya se ha visto, y que tenia cierta semejanza con algunas de las primitivas estructuras piramidales del Antiguo Mundo (21). La subida se verificaba por una escalera abierta en la parte exterior, que llegaba á un estrecho terrado ó plataforma en la base del segundo piso, la cual pasaba alrededor del edificio, y de allí una segunda escalera conducia á otro terrado semejante en la base del tercero. El ancho de estos terrados era todo el espacio que un piso distaba de la orilla del otro. A consecuencia de esta construccion, era forzoso dar vuelta á todo el edificio cuatro ocasiones para llegar á la parte superior de él, lo cual daba un efecto imponente al ceremonial religioso, cuando la solemne procesion de sacerdotes, con su música salvaje, daba vuelta á los altos lados de la pirámide, y subia gradualmente á la cumbre en presencia de la atenta multitud.

No pueden decirse con certeza sus dimensiones. Los conquistadores juzgaban

(18) „E di più v'havea vna guarnigione di dieci milla uomini di guerra, tutti eletti per uomini valenti, & questi acompagnavano & guardavano la sua persona, & quando si facea qualche rumore ò ribellione nella città ò nel paese circumvicino, andavano questi, ò parte d'essi per capitani.” „Y ademas tenia una guarnicion de diez mil hombres de guerra, todos escogidos por hombres valientes, que acompañaban y guardaban su persona, y cuando habia algun rumor ó rebelion en la ciudad ó país circunvecino, iban estos ó parte de ellos por capitanes.” Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

(19) Humboldt, Essai politique, tom. II, p. 40.

Al empedrar la plaza, no mucho tiempo ha, se encontraron alrededor de la moderna catedral grandes trozos de piedras esculpidas, á treinta ó cuarenta piés de profundidad. Ibid., lug. cit.

(20) Clavijero dice, que tenia la figura de un paralelógramo, fundado en la autoridad „del conquistador anónimo;” (Stor. del Messico, tom. II, p. 27, nota;) pero este último no dice una palabra sobre la forma, y la obra de madera de que habla, está manifestamente destituida de toda proporcion para que pueda proporcionar inferencia alguna. (Comp. Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 307.) Torquemada y Gomara dicen que era cuadrado; (Monarq. indiana, lib. 8, cap. 11.—Crónica, cap. 80;) y Toribio de Benavente, hablando en general de los templos mejicanos, dice que tenian esta forma. Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.

(21) Véase el Apéndice, part. 1.

por la vista, molestándose pocas veces en cosa que pareciese una medida exacta. Tenia probablemente no menos que trescientos piés cuadrados en su base (22), y como que los españoles contaron ciento catorce escalones, seguramente su altura era menos de cien piés (23).

Cuando llegó Cortés al *teocalli*, encontró dos sacerdotes y varios caciques comisionados por Montezuma para que le evitaran la molestia de la subida, conduciéndole en sus espaldas como lo habian hecho con el emperador; pero el general rehusó este cumplimiento y prefirió marchar á la cabeza de sus soldados. Al llegar á la cumbre vieron una vasta area perfectamente enlosada. El primer objeto que encontró su vista, fué una gran piedra de jaspe (*a*), cuya peculiar forma manifestaba que era en la que se extendia á los desgraciados prisioneros destinados al sacrificio. Su convexa superficie levantando el pecho de la víctima, proporcionaba los medios de practicar mas fácilmente la diabólica operacion de arrancarle el corazon. En el otro extremo de la area, habia dos torres ó santuarios compuestos de tres pisos, el primero de madera y estuco, y los dos mas altos de madera esmeradamente esculpida. En el de abajo hallábanse las imágenes de sus dioses; y los de arriba estaban ocupados con utensilios para sus servicios religiosos, y con las cenizas de algunos de los príncipes aztecas que habian elegido este aéreo sepulcro. Delante de cada santuario, se levantaba un altar donde ardía el fuego sagrado, cuya extincion presagiaba el mal del imperio, así como lo hubiera hecho la de la llama vestal de la antigua Roma.

(22) Al decir Clavijero que era de figura oblongo, adopta la asercion de Torquemada en cuanto á lo largo, y no la de Sahagun como pretende, quien nunca vió ni trae la medida del edificio y el cálculo de Gomara que es un poco menor en cuanto al ancho. (Stor. del Messico, tom. II, p. 28, nota.) Como que sus dos autoridades consideran al edificio cuadrado, la idea de combinar el uno con el otro es bastante caprichosa. Fray Toribio que midió un teocalli de construccion ordinaria en la ciudad de Tenayuca, encontró que tenia cuarenta brazas, ó doscientos cuarenta piés cuadrados. (Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.) El gran templo de Méjico era indudablemente mayor, y á falta de mejores autoridades debemos conformarnos con la de Torquemada que le da mas de trescientos setenta piés cuadrados toledanos, ó lo que es lo mismo, trescientos ochenta franceses. (Monarq. indiana, lib. 8, cap. 11). ¿Cómo puede hablar el Baron de Humboldt del gran número de testimonios con respecto á las dimensiones del templo, cuando no hay dos autoridades acordes? (Essai politique, tom. II, p. 41.)

(23) Bernal Diaz dice que contó ciento catorce escalones. (Hist. de la conquista, cap. 92.) Toribio asegura que algunas personas que los contaron, le habian dicho eran mas de ciento. (Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.) Ciertamente los escalones no podian tener menos de ocho ó diez pulgadas cada uno; Clavijero asegura que tenian un pié, y que por lo mismo el edificio tenia ciento catorce piés de altura. (Stor. del Messico, tom. II, pp. 28 y 29.) Es muchas veces mas seguro en la historia, no usar otra palabra mas precisa que la de probablemente.

(*a*) Seria sin duda de la misma piedra negra ó basalto compacto de que son casi todos los monumentos de aquel tiempo.